



BEAUDINE, William

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707
BARCELONA

AÑO V

NÚM. 125

The Girl from Woolworth's, 1929
LA MIDINETTE NEOYORKINA

Adaptación literaria de la película del
mismo título, interpretada por la
notable artista de la escena muda

ALICE WHITE

Versión novela de E. MOLDES

Selecciones Gran Luxor Verdaguer
(C O N T R O L C I N A E S)
Consejo Ciento, 290-BARCELONA

REPARTO

Dixie Dugan ALICE WHITE
James Doyle CHARLES DELANEY

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA



I

El hogar de los Dugan, en Nueva York, era un hogar... pero no precisamente un "dulce hogar". Ello quiere decir que los chillidos, las voces iracundas y las palabras gruesas estaban a la orden del día. Llevaba la voz cantante en aquel concierto familiar la señora Dugan, una mujer de peso—105 kilos de grasas y malhumor—, que desde el día que se casara se había colocado los pantalones y aun no los había soltado.

Su marido, Patrick Dugan, era su víctima. Enamorado de la radio, su gran pasión, tenía dos supremas aspiraciones: que hablase el aparato que tenía en su casa y que su mujer se quedase muda. Dos aspiraciones irrealizables.

La mañana en que comienza nuestra historia, el marido, como siempre, manipulaba su aparato con la esperanza de arrancarle algún sonido,

mientras su esposa se movía con majestad en su reino minúsculo: la cocina. De pronto, la voz de la matrona resonó, estridente:

—Patrick Dugan, ¿quiere usted dejar la radio y venir a fregar los platos?

Dugan, sin pensar en la importancia del personaje que le hablaba, se permitió objetar:

—Vete con tus cacerolas y déjame a mí. Casi estoy a punto de que el aparato rompa a hablar...

Entonces fué un grito, fué un aullido, lo que salió de la garganta de la dama:

—¿Qué has dicho?

Y Patrick, en voz muy baja, deseando que la tierra se lo tragase, contestó:

—Nada... nada...

Y, con un gesto de resignación, se colocó un delantal y se puso a fregar la vajilla.

En tanto que los dos esposos se hundían en las lobregueces de la cocina, otros dos personajes irrumpieron en el salón. Eran dos muchachas bonitas y graciosas: Nita y Dixie, las dos hijas del matrimonio. La primera era reposada, dulce, formalita. La segunda era un torbellino; un ejemplar perfecto de la nueva generación.

Venía ésta—Dixie—acompañada de un chico que llevaba en sus manos un magnífico aparato de radio, que pronto ocupó el sitio del "cacharro" antiguo, sin que ninguno de los dos cónyuges que en la cocina se hallaban se hubiese dado cuenta de la sustitución. Y, naturalmente, el nuevo aparato rompió a hablar.

En la cocina, Patrick dió un salto y, muy digno, le gritó a su esposa:

—¿Oyes? ¡La radio! ¡Y te reías de mí!... ¿Qué me importa? ¡También se rieron de Colón, de Franklin y de Ford!

—¿Qué había sucedido? ¿Cómo se había realizado aquella transformación? Los tiempos de los duendes y de las hadas habían pasado para no volver. Y, sin embargo, allí había intervenido la Magia, no cabía duda.

El viejo "cacharro" se había esfumado, y en su lugar aparecía uno, flamante, reluciente... y hablador.

El bueno de Patrick lo contemplaba con la boca abierta, sin querer dar crédito a sus ojos.

Salieron los dos a la sala contigua y se admiraron ante el nuevo aparato. Pero la señora Dugan, siempre práctica, tembló por su bolsillo y, volviéndose a su hija, le preguntó:

—¿Cuánto te ha costado?

—Una sonrisa y una esperanza... y anotar el número de un teléfono.

Así, con tanta facilidad, andaba por la vida la traviesa Dixie.

Se acercó la hora de la comida. La mesa estaba puesta ya, cuando llamaron a la puerta. Era Denny Kerrigan, el pretendiente de Dixie, apoyado por la señora Dugan. Un joven enfático, que había nacido para poeta de altos vuelos, pero se había quedado en modesto viajante de comercio.

Al entrar en el comedor, lo primero que hizo

fué espetar a los presentes una especie de salutación rimada:

—Vengo en alas de Cupido,
y aquí estoy porque he venido.

Y no lo mataron. Por el contrario, lo contemplaron con tanta admiración, que él hubo de explicar:

—Esa es una de los dos millones y pico de poesías que tengo en el cerebro. ¡Yo soy así!

Y, para demostrar su facundia, entregó a la señora Duran un tarjetón, maravilla litográfica, en la que había escrito de su puño y letra lo siguiente:

“A LA ESPIRITUAL MADRE
DE MI AMADA:

De tal palo, tal astilla,
dice un sesudo refrán;
por eso, de un mazapán
ha salido mi chiquilla.”

Luego, contemplando un suculento pollo asado que en la mesa había, no pudo menos de sentirse inspirado otra vez y le cantó esta endecha:

Después de sus comilonas
sufren los griegos de flato;
después de las de mi suegra
yo tomo bicarbonato.

Dixie cortó en seco la inspiración del poeta, preguntándole:

—¿Cómo tienes esa facilidad para hacer versos? Yo creía que sólo tenías serrín en la cabeza.

Denny se ruborizó. Pero como en aquel momento la señora Dugan daba la orden de sentarse a la mesa, cada cual ocupó su sitio, no sin que Dixie preguntase a su madre:

—Pero vamos a comer sin esperar a Jimmy?

Por fortuna, Jimmy llegó en aquel instante. Se llamaba James Doyle y era repórter del "Daily Tabloid". Un joven avisado, que había sabido despertar en Dixie el amor, en el señor Dugan la simpatía y en la señora Dugan la más profunda antipatía.

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

II

Mediaba la comida. James Doyle, hojeado el periódico que llevaba en la mano, se lo enseñó a Dixie:

—¿Has visto tu amiguita Lixie Lynch?... Ahora baila en el Follies y se hace llamar Lisa Linx.

—¡Si Lixie se ha abierto camino, a mí me necesitan en Broadway! Creo que mi porvenir está en el escenario.

Saltó la señora Dugan, como si la hubiesen pinchado:

—¡Antes muerta una hija mía que luciendo sus piernas en un tablado!

Pero Nita, que en la casa representaba la sencillez, terció:

—Una muchacha está tan segura en un escenario como en una oficina. Todo depende de ella misma.

James Doyle se creyó obligado a echar la cosa a broma y le dijo a su novia:

—El día que te decidas a ser artista, yo compraré para ti el mejor "music-hall" de Broadway.

—¡Burlas, no, Rotschild! Para que lo sepas.

mañana estoy citada con los dos empresarios más fuertes de Nueva York.

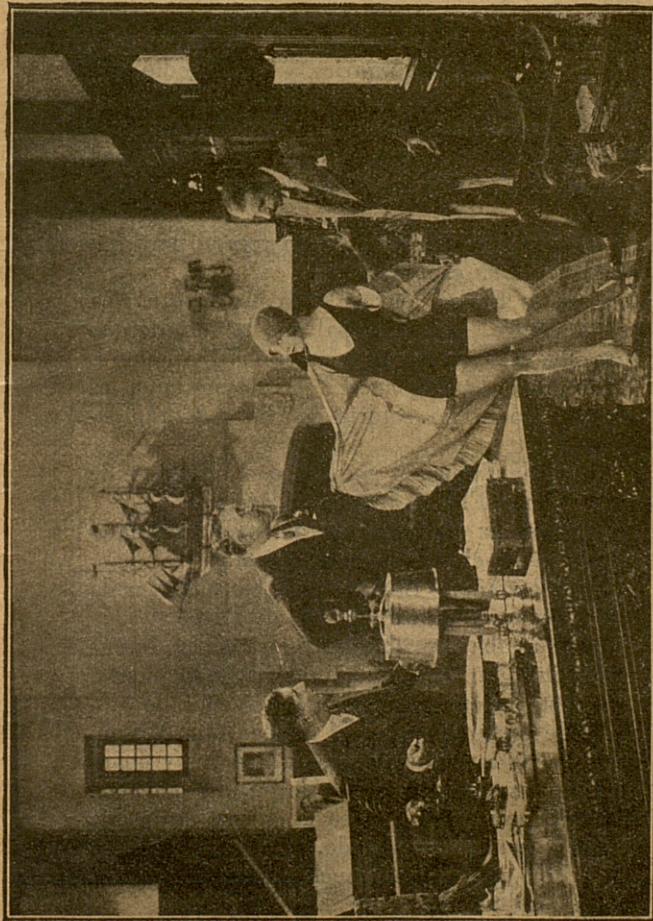
—¡Qué me dices!

—Y no te extrañe mucho si algún día recibes en tu Redacción mi retrato, para publicarlo en primera plana.

A la mañana siguiente, Dixie se creyó obligada a ponerse al hablar con "los dos empresarios más fuertes de Nueva York". Había dicho aquello por decir; pero ahora, después de la ironía con que James Doyle había acogido la noticia, su amor propio estaba empeñado y quería demostrar a su novio que ella no era menos que su antigua amiga Lixie Lynch.

Eligió, al azar, la agencia teatral Eppus y Kibbitzer y se presentó allí. Pero entonces se dió cuenta de que el aprendizaje artístico estaba lleno de obstáculos, casi barreras infranqueables. Ella llegó hasta la antesala de la agencia; de allí al despacho de Eppus y Kibbitzer no había más que cuatro o cinco pasos... ¡Pero qué pasos! Sólo los daban los elegidos, los que los mismos empresarios llamaban, o los que venían provistos de alguna poderosa recomendación.

Ella era allí una de tantas que llenaban los bancos de la antesala y que se marchaban, molhinas y cabizbajas, después de horas y horas de esperar en vano. Pero Dixie era, ante todo y sobre todo, una muchacha resuelta. Vió entrar a un caballero, correctamente vestido—John Milton, terrible Don Juan de entre bastidores—;



le vió atravesar la antesala y penetrar en el despacho de los empresarios y comprendió que sólo un gesto de decisión podía salvarla.

En efecto, cuando el señor Eppus entreabrió la puerta de su despacho para despedir a una artista, Dixie, muy decidida, se acercó a él y le dijo:

—Tengo que dar a usted un recado muy importante de su esposa.

El señor Eppus, alarmado, la hizo pasar. ¡Ya estaba dentro! ¡Ya había salvado la muralla que separaba el despacho de la antesala! Pero ahora, ¿qué decir? ¿Qué hacer? Había entrado, es verdad, pero no saldría mucho más rápidamente.

El señor Eppus la miraba con un gesto de desconfianza. Ella se apresuró a decirle:

—Su esposa desea que me dé usted inmediatamente un papel en su nueva revista.

—Es extraño... Ella no me ha dicho nada esta mañana en su cablegrama de París.

Dixie estaba descubierta. Suavemente, Eppus y Kibitzer la iban empujando hacia la puerta, traspuerta la cual acabarían sus sueños de gloria y de fortuna. Pero allí estaba John Milton, gran conocedor de aspirantes a estrellas y financiero de los empresarios; es decir: una potencia. El cual, mediando al fin en la escena, de la que se había mantenido alejado, dijo a sus amigos:

—¿Por qué no la escuchan ustedes? Quizá pueda resultar interesante...

Kibitzer, entonces, se volvió a Dixie:

—Vaya a su casa y vuelva con un "maillot"... Su cara no está mal... pero, ¿quién se fija hoy en la cara?

—No es preciso que vaya a casa—respondió la muchacha—; traigo el "maillot" debajo del vestido.

Y, rápidamente, se despojó del vestido y quedó en traje de baño. Cantó, bailó, hizo mil dia-bluras. Su manera de comportarse no debió de parecerle mal al millonario, por cuanto se acercó a ella y le dijo:

—Lo que debe hacer usted, jovencita, es trabajar antes en un "cabaret" para ir adquiriendo soltura y experiencia.

—Pero, ¿en qué "cabaret"?

—El propietario del "Jollity" es amigo mío... Si quiere usted, le daré unas líneas para él.

III

Las líneas de John Milton le abrieron a Dixie de par en par las puertas del "Jollity" y algún tiempo después, la muchacha debutaba como estrella del cabaret de moda de Broadway. Era aquello casi un acontecimiento, y la radio se encargó de llevar a todas partes las canciones pícaras de Dixie. A todas partes y, naturalmen-

te, a su casa también. Cuando la señora Dugan las oyó se escandalizó una vez más y hubo de decir a Nita y a Patrick, que con ella escuchaban el concierto:

—Si pudiésemos casarla con Denny... Entonces se le marchiarían todos esos pájaros que tiene en la cabeza...

A lo que Nita contestó:

—Eso es soñar, mamá. Dixie se ha acostumbrado ya a la luz y no podría vivir en la oscuridad.

Aquella noche, Denny Kerrigan, alentado por la señora Dugan, fué a ver a Dixie al "Jollity" y la esperó entre bastidores. Salía la muchacha radiante y feliz, resonando aún en sus oídos los aplausos del público. Denny, con una cara larga, una cara de funeral, se acercó a ella para decirle:

—Cuidado, Dixie... Detrás de tantas luces y de tantas sedas puede esconderte el fracaso...

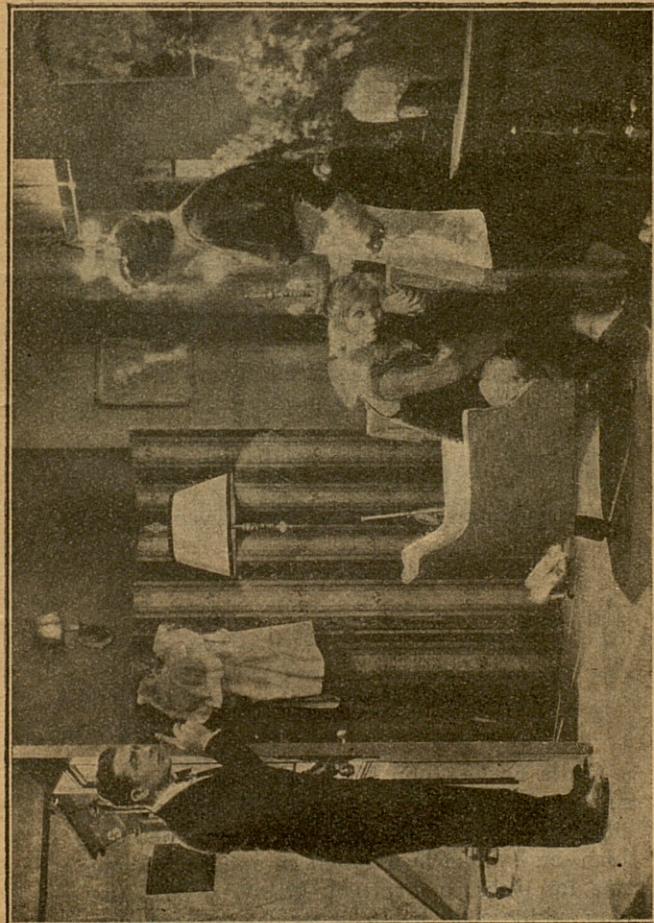
—No temas... Detrás de tantas luces y de tantas sedas sólo hay contratos esperando mi firma.

—Estoy decidido a sacarte de esta vida, Dixie... aunque tenga que casarme contigo.

—Te lo agradezco, Víctor Hugo, pero no puedo consentir de ningún modo que te sacrifiques.

Pretendió Denny seguir tratando de convencer a Dixie, pero un nuevo personaje entró en escena, vestido a la manera de los gauchos argentinos, por lo cual el viajante de comercio optó prudentemente por marcharse.

El gaucho en cuestión era el bailarín de tango



— Cuidado, Dixie... Detrás de tantas luces...

del "Jollity". Julio Romano, un temperamento, fogoso, por quien, según él, suspiraban todas las mujeres. Pero el joven tanguista, parodiando a Margarita Gautier, deseaba a la única mujer que le despreciaba... y esa mujer era Dixie. Una y otra noche la perseguía con sus pretensiones amorosas, dichas con un tono autoritario que no admitía réplica; solo que Dixie era demasiado traviesa para tomar en serio el amor, y mucho menos el amor de aquel volcán con pantalones gauchescos. Así, cuando él le decía con una voz cavernosa:

—¡De grado o por fuerza, usted será mía! la muchacha, lejos de atemorizarse, le cantataba:

—Entonces es usted eso que llaman un castigador?

Y el galán, así desdeñado, juraba vengarse.

IV

Cierta noche, John Milton daba una fiesta en su casa y, naturalmente, y en primer lugar, había sido invitada Dixie, la última favorita del Don Juan. Se hallaba la fiesta en su apogeo, y mientras los otros se divertían, Milton y Dixie habían subido a las habitaciones del primero, don-



—De grado o por fuerza...

de éste intentaba insinuarse a la muchacha. Pero a todos sus avances respondía Dixie con su inalterable ironía, que desconcertaba un poco al triunfador.

—Abajo seguía deslizándose la fiesta, una fiesta de artistas y gentes de buen humor, que a veces subía de tono hasta acercarse bastante a la orgía. Se bebía champaña y licores más o menos venenosos, a pesar de los ojos avizores de la "ley seca". Se bailaba a los acordes de un "jazz-band" de negros auténticos, y se flirteaba de lo lindo.

Como el dueño de la casa se hallaba en aquellos momentos muy ocupado, los empresarios Eppus y Kibbitzer, conscientes de su deber, hacían los honores a los invitados... y a sí mismos, y se derretían en puras mieles pensando lo que le sacarían a John Milton, con el anzuelo de Dixie, para montar su nueva revista.

Mientras tanto, en la calle, bajo las ventanas de la casa de Milton, un hombre de inconfundible catadura de traidor de melodrama, oteaba la calle por ver si algún indiscreto podría sorprenderle, y miraba a la ventana que sobre su cabeza tenía, como midiendo la distancia para dar un salto de tigre. Nuestros lectores habrán adivinado que aquel sujeto no podía ser otro que el vocánico Julio Romano, quien, al saber que Dixie había cumplido su palabra de asistir a la fiesta del millonario, había jurado tomar cumplida y sangrienta venganza.

Bien ajeno estaba del peligro que tenía cerca el confiado John Milton, atento solamente a procurar que su protegida le tomase en serio.

—No sea usted burlona, Dixie... Yo sólo le pido, a cambio de mi protección, un poco de amabilidad...

—Es que la amabilidad puede sazonarse con algo de travesura...

En aquel instante, la ventana que se hallaba a espaldas de nuestros dos personajes se abrió silenciosamente y por ella se deslizó hasta la habitación Julio Romano. En su mano derecha brillaba un puñal. Se acercó a John Milton y

le clavó el arma en la espalda. Después, huyó.

El escándalo fué mayúsculo. Nadie, atinaba a explicarse lo ocurrido; nadie, en realidad, sabía lo que había sucedido.

Consternados Eppus y Kibbitsel, se decían con acento compungido:

—¡Esto es terrible, Eppus! ¡Nos han estropeado nuestra caja de caudales!

A alguien se le ocurrió avisar a la policía, y quiso la casualidad que en aquella Comisaría se encontrase James Doyle esperando noticias para su periódico. Fué uno de los primeros en llegar al "lugar del suceso" y en enterarse de que la herida de Milton carecía de importancia; y, una vez sabido esto, su instinto de periodista, y de periodista cultivador de la nota sensacional, se despertó y vió en el acto el partido que se podía sacar de tal suceso.

Se acercó a su novia.

—Si esta historia sale a la luz, Dixie, conseguirás una publicidad fantástica.

—Pero... es que yo no quisiera...

—Tú déjalo a mi cargo y cuida solamente de leer mañana la primera plana de mi periódico! Serás la reina de Broadway!

Al día siguiente, a pesar del interés de John Milton por que aquel asunto desagradable no trascendiese al exterior, el "Daily Tabloid" apareció con su primera plana dedicada al atendido y, particularmente, a la persona de Dixie Dugan, la cual pasaba así, de casi desconocida, a primera personalidad del día.

Cuando, a la hora del almuerzo, la familia Dugan se hallaba alrededor de la mesa, la información del periódico cayó allí como una bomba. La señora Dugan volvió a su tema:

—¡Si se hubiese casado con Denny en vez de andar mezclada en estos líos de millonarios y bailarines de tango!...

—¡Parece mentira, mamá! ¡Deberías estar orgullosa!... ¡Ver mi nombre en primera página! ¡La tía Marta tuvo cuatro gemelos y sólo figuró en "Noticias locales"!

—¡Infeliz! ¿Pero no comprendes que te meterán en la cárcel?

—Déjala a ella, mujer—terció Patrick—. Esto no es más que una propaganda que la elevará a...

—¿QUE DICES?

—Nada... nada...

Empezaron a llover cartas, telegramas, visitas... Empresas teatrales, estudios cinematográficos se disputaban el trabajo de la muchacha que en una sola noche había escalado las cimas de la popularidad. Pero Dixie no tenía grandes pretensiones y se contentó con aceptar el doble sueldo que le ofrecían los dueños del "Jollity".

Aquella tarde fué a trabajar al "cabaret", como de costumbre. A la hora de salir, cuando James Doyle la esperaba a la puerta, para cambiar con ella impresiones de aquella jornada gloriosa, un hombre se acercó a Dixie y le dijo:

—Hay un señor ahí fuera... Dice que le trae un recado de su madre.

Saió la muchacha y se acercó a un auto que se hallaba a la puerta. Pero no tuvo tiempo de preguntar nada. Se sintió cogida por la cintura y se vió dentro del auto, que partió a escape, mano a mano con el tanguista del "cabaret". No perdió Dixie su sangre fría, y le dijo a su imponente raptor:

—Todo esto es muy novelesco, Romano... pero, ¿se puede saber a dónde me lleva usted?

Julio no contestó y el auto siguió corriendo. Le seguía de cerca otro auto que Jimmy había tomado al ver el rapto de su novia. Sobrevenía una colisión al coche de Romano, y mientras la gente se arremolinaba, Jimmy abrió la portezuela y se llevó a Dixie a su coche. ¡El burlador había salido burlado!

V

El taxi de James Doyle se alejó rápidamente. Dixie se volvió a su novio:

—¿Has visto qué atrevimiento? Ese bailarín de tango pretendía raptarme...

—¡Una gran idea Dixie! Yo soy quien te va a raptar... y va a ser ahora mismo.

Y le explicó su proyecto. No había que aprovechar aquella aureola de popularidad que



Se sintió cogida por la cintura..

rodeaba a Dixie; al contrario, había que fomen-
tarla y aumentarla. Para ello, Jimmy raptaría a
la joven, la ocultaría en una casa que pagaría
su periódico y se lanzaría a los cuatro vientos
la noticia del hecho sensacional. Se dejarían pa-
sar los días y, al cabo de algunos, Jimmy "en-
contraría" a la desaparecida. Así, el periódico
tendría un éxito y Dixie sería la artista más
comentada de Nueva York.

Todo se llevó a cabo como se había pensado,
y Dixie fué de nuevo el tema de todas las con-
versaciones. La casa de los Dugan se vió inva-

dida de reporteros y fotógrafos, y los padres
de la muchacha hubieron de soportar interviú
y fogonazos de magnesio en grado superlativo.

Por su parte, John Milton, casi repuesto de
su pequeña herida, hacía gestiones para descu-
brir el paradero de su protegida, poniendo a con-
tribución los servicios de la agencia de detecti-
ves. "El Ojo Abierto", que en aquella ocasión
demostró tenerlo completamente cerrado. Pagaba
cuentas de muchos centenares de dólares, eso sí,
pero la muchacha no aparecía.

Al mismo tiempo, Denny Kerrigan se dedica-
ba también a buscar a Dixie, y ante la señora
Dugan gritaba con acento melodramático:

—¡Yo encontrará a Dixie! ¡Lo juro! ¡Los
hombres son para las ocasiones!

Y, a guisa de coletilla, añadía:

—¡Con astucia y con tesón
yo venceré en la contienda,
cuál nuevo Napoleón!

Mientras tanto, en su escondite, Dixie estaba
al tanto de todas las pesquisas que se realizaban
y los periódicos le llevaban cada día nuevas
noticias de extraordinario interés para ella.

Jimmy se presentaba diariamente, le llevaba
flores, vestidos, regalos.

—Mi periódico lo paga todo—le decía—. Tú
no sabes la popularidad que vamos a ganar con
este rapto.

—Pero ¿y esos detectives que John Milton tiene sobre mi pista?

—¡No hay cuidado! Esos detectives no te encontrarán ni aunque te pongas delante de sus narices.

Un día, Jimmy llevó al escondite de Dixie algo que ella apreciaba más que todos los regalos. Era el manuscrito de una revista que el joven periodista había escrito, para estrenarla... cuando pudiese. Así lo confesaba él:

—La estrenaré aunque tenga que empeñarme hasta las pestañas.

—¿Naturalmente seré yo la estrella?

—¡Naturalmente!

Cuando Jimmy se marchó, Dixie se puso a leer la revista. Le pareció tan bien, que se le ocurrió una idea: recurrir a John Milton para que la obra pudiese estrenarse.

Y, sin pensarlo más, abandonó su escondite.

La primera visita fué para sus padres. Hubo lágrimas, abrazos, recriminaciones, explicaciones... Cuando se hallaban en plena expansión familiar, ante las miradas del pobre Denny, que era el único que no participaba de los abrazos tan liberalmente repartidos, se presentó James Doyle. Había ido al escondite de Dixie y allí había sabido que su novia había salido. La increpó:

—¿Tú quieres echarlo todo a rodar, verdad? ¡A quién se le ocurre venir andando hasta aquí!

—No he venido andando... he venido en taxi.

—Bien. Lo que tú quieras.., Voy a telefonear al periódico para que publiquen tu "aparición".

Mientras que Jimmy telefoneaba, Denny se acercó a Dixie:

—Ahora que, como una hija pródiga, has vuelto al hogar, supongo que no tendrás inconveniente en casarte conmigo...

Y en aquel instante, Dixie sintió en su espíritu el soplo divino de la inspiración y respondió:

—¿Contigo a la vicaría?

¡Eso cuéntalo a tu tía!

Denny quedó abrumado, aplastado. ¡Dixie hacía versos! ¡Y los hacía aún peor que él!

En cuanto Jimmy hubo acabado de telefonear, Dixie se acercó a él y le dijo:

—He salido para ir a visitar a Milton; él puede dar el dinero para montar tu revista.

—Está bien, Dixie... Gracias por la intención. Ve y que Dios te ilumine.

Coleccione usted cada martes
BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves
FILMS DE AMOR

Pida hoy mismo el CATALOGO GENERAL que se remite a:
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

VI

Y, gracias a la influencia de Dixie, la nueva revista se puso en ensayo. Pero tan diferente, tan arreglada, tan cambiada por Eppus y Kibitzer, que no la conocería ni el padre que la engendró.

Así fué, en efecto. Jimmy, que asistió a uno de los ensayos, no pudo reconocer en las escenas que ensayaban, las que él había escrito. Indignado, se dirigió a los dos empresarios:

—¡No me han entendido ustedes! ¡Este cuadro representa una casa de huéspedes, no un barco!

—Le falta experiencia, joven... ¿Cómo quiere usted que se luzca una estrella en una casa de huéspedes?

—Pero ¿y el asunto?... Se trata de una pobre muchacha que vive en Woolworth...

—¿Qué cree usted qu vienen a ver los que pagan cinco dólares por una butaca... un asunto o unas piernas?

No hubo manera de convencerlos. Jimmy echaba chispas. Para mayor desesperación, Dixie cantaba unos cantables absurdos, en los que lo de menos era la letra. El joven periodista ya no

pudo contenerse y se acercó a su novia con las intenciones de una broma.

—¿Conqué tú también me cambias mi obra, eh? ¿Por qué no cantas lo que yo escribí?

—Porque, la verdad, no lo recuerdo...

—¡Si estudias mejor tu papel en vez de pasearte con Milton, seguramente lo recordarías ahora!

—¡No tienes por qué censurarme! Si no fuese por Milton, ¿dónde ibas a estrenar tu revista?

—¡Tú sigue paseándote con él... y te aseguro que no volveré ni a mirarte a la cara!

En aquellos momentos, John Milton entraba en el escenario y, sin detenerse, se acercaba al grupo que formaban Dixie y Jimmy. Saludando a la muchacha, se dirigió al periodista:

—Perdone mi indiscreción... pero, ¿qué hace usted aquí?

—¡Usted, sin duda, ignora que yo soy el autor de esta revista!

—¡Ah!

Aquel “¡ah!” era casi una ofensa. Lo comprendió así Jimmy y, como no era cosa de demostrar allí sus facultades de boxeador, optó por retirarse al rincón más oscuro del escenario. Hasta allí le llegó la voz del millonario, que decía a Dixie:

—Ya ha trabajado usted bastante... Si le parece, vamos un rato al "Jollity".

Y la vió salir del brazo de Milton, sin temerse siquiera la molestia de dirigir una mirada al rincón donde él estaba.

¿Para qué más? ¡"Aquellos" había terminado! ¡Y para siempre! ¿Se creería la mocosa que a él iba a deslumbrarle su aureola de estrella, como a los sietemesmos de las butacas?

¿QUEREIS SABER VUESTRO PORVENIR

No deje de leer:

PASADO, PRESENTE Y PORVENIR
POR LAS RAYAS DE LA MANO
LO QUE DICEN LAS PANTORRILLAS
¿TENEIS EL CABELO CASTAÑO
¿ES USTED RUBIA? ¿ES USTED RUBIO?

Precio del libro: **25** céntimos

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona
Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado.

VII

Se sucedieron ensayos y más ensayos, frecuentemente interrumpidos por las visitas de John Milton al escenario. Eppus y Kibbitzer, los empresarios de la nueva revista, no se daban prisa a estrenarla. Milton no regateaba su dinero mientras duraban los ensayos y sería una insensatez precipitar el estreno... que, a lo peor, podía ser un fracaso.

Por fin, el estreno llegó.

En la sala, un público selecto, ávido de ver de cerca a la muchacha de la que tanto habían hablado los periódicos; a la heroína de aquellas escenas de pasión desenfrenada que habían culminado con la herida de John Milton y con el rapto y el secuestro de la estrella.

Había en el "music-hall" una atmósfera de expectación; no precisamente por la revista que James Doyle había escrito y que Eppus y Kibbitzer habían arreglado "a su manera", sino por la estrella, y más aún que por ella, por su aureola de escándalo.

Se levantó el telón, y la presentación lujosa de la obra arrancó ya una explosión de aplausos. La expectación no se veía defraudada.



Desde la tarde aquella ..

En uno y otro cuadros de la revista, Dixie triunfó en toda la línea, metiéndose, como vul-
garmente se dice, a los espectadores en el bol-
sillo. El ambiente del "music-hall" estaba cal-
deado; las palmas hacían humo; los números
cantados por la pequeña estrella se repetían in-
numerables veces y el público no se cansaba de
escucharlos.

Pero Dixie no estaba contenta.

Desde la tarde aquella de su discusión con
Jimmy no había vuelto a ver a su novio. Todos
los esfuerzos que había hecho para acercarse a

él se habían estrellado contra la firme decisión
del periodista de no dejarse ver.

Y en aquella noche del estreno, en que tanto
le gustaría a ella compartir su gloria con Jimmy,
él seguía ausente, ¡sabe Dios dónde! Ni si-
quiera se había dignado venir a escucharla como
mero espectador. Ella había recorrido muchas
veces con sus ojos toda la sala, hasta sus más
oscuros rincones, y ni sombra de él. Y la pobre
Dixie, mientras cantaba, sonriendo, sus cancio-
nes picarescas, sentía unas ganas atroces de llo-
rar.

A la salida de cada número preguntaba a los
tramoystas, a la doncella, a las compañeras:

—¿Habéis visto a Jimmy?

Y siempre la misma contestación:

—No.

Cuando terminó la representación subieron al
escenario canastillas de flores en abundancia, tar-
jetas de admiradores, hasta un tarjetón de Den-
ny, que, admirablemente caligrafiado, mostraba
la siguiente máxima, no muy oportuna por cier-
to: "La senda de la gloria está erizada de es-
pinas".

Y nada más. Dixie, ocultando las lágrimas,
que pugnaban por hacer su aparición, se volvió
a las coristas:

—Las flores para vosotras, muchachas.

Y cuando estuvo en su camerino, a solas con
su doncella, ya no pudo contener el llanto por
más tiempo:

— ¡Ni siquiera una tarjeta se ha dignado mandar Jimmy!

Un momento después, John Milton llamaba a la puerta del camerino y, al ver a su protegida llorando, echada de brúces sobre el tocador, se limitó a poner ante ella una preciosa pulsera, diciéndole al mismo tiempo:

— Veo que está usted algo nerviosa, querida... Volveré a recogerla.

Dixie siguió llorando, como si no hubiera entrado ni salido nadie. ¿Lloró mucho tiempo? No lo sabría decir... El caso es que volvieron a llamar a la puerta del camerino y ella, sin abandonar su posición, le gritó a la doncella:

— ¡Si es Milton otra vez, que no quiero verle!

Pero no era Milton, sino Jimmy. El cual, avanzando de puntillas hasta el tocador, mientras con un gesto imponía silencio a la doncella, se acercó a su novia, sin que ella lo advirtiese. Por señas hizo saber a la criada lo que deseaba y ésta, interpretando sus deseos, preguntó a Dixie:

— ¿Y si fuese Jimmy?

— No, Jimmy no vendrá... no vendrá nunca más...

— Entonces, ¿se casará usted con el señor Milton, el millonario?

— ¿Con ese vejestorio?... ¡Jamás! ¡Si he flirtado con él ha sido solamente para ver estrenada la revista de Jimmy!

La puerta del camerino había quedado abierta y, junto a ella, John Milton esperaba que los nervios de Dixie se calmasesen. Así, pues, lo oyó

todo. Tuvo el buen gusto de no indignarse y, dibujando con su mano un gesto ligero de despedida, se alejó por donde había venido.

Cuando Dixie levantó la cabeza vió ante ella a Jimmy. Y creyó soñar. El joven, muy desenfadadamente, cogía la pulsera que sobre el tocador había dejado el millonario y, con un ademán versallesco, se la entregaba a su novia:

— Aquí tienes un regalito como recuerdo de esta noche...

Se besaron. Los dos habían realizado sus sueños...

Algún tiempo después, en la casa de los padres de Dixie, el bueno de Patrick se ponía por primera vez los pantalones. Ante la mole formidable de su esposa, gritaba sin arredrarse:

— ¡Dixie ha hecho lo que yo he querido, se ha casado con quien yo he querido, tendrá los hijos que yo quiero!

La señora Dugan se puso en jarras, y con voz de trueno preguntó a su marido:

— ¿Qué dices?

Por un instante, Patrick quiso refugiarse bajo la mesa; pero fué sólo un instante. Se recobró, y, poniéndose él en jarras a su vez, gritó más fuerte aún:

— ¡LO QUE ME DA LA GANA!

F I N

8.19-2-6/8

YA ESTÁ A LA VENTA
EL GRANDIOSO

ALMANAQUE de Biblioteca Films

POR TADA A TODO COLOR

PROFUSIÓN DE GRABADOS

ANÉCDOTAS DE CINELANDIA

NOVELAS DE LOS MÁS GRANDES FILMS

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS PREDILECTOS

Precio popular: UNA peseta

CENTROS DE REPARTO:

SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERÍA
Barbará, 16.-BARCELONA Caños, 1.-MADRID

Si no lo encuentra en su localidad pídale a:

BIBLIOTECA FILMS
Apartado de Correos 707.-BARCELONA

remitiendo el importe, más cinco céntimos en sellos de correo
que se lo enviará en seguida,

Tarjetas postales al bromuro

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. 2 ptas colección

SERIE A

Clara Bow	Ramón Novarro
Sue Carol	Charles Farrell
Dolores del Rio	George O'Brien
Janet Gaynor	John Gilbert
María Casajuana	Charles Morton

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 tarjetas postales.

2 pesetas colección

Los Cuatro Diablos
JANET GAYNOR

La Máscara de Hierro
DOUGLAS FAIRBANKS

PEDIDOS A

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona
No se venden postales sueltas. Acompañar el importe en
sellos de correo o por Giro Postal.